Columns
Spirituality

"Nada realmente importante, duradero o profundo sucede rápidamente. Inmediatamente. Exactamente como y cuando lo exijo": Hna. Joan Chittister. (Foto: Unsplash/Jose Martin Ramírez)

Joan Chittister

View Author Profile

Follow on Twitter at @joanchittister

Traducido por Carmen Notario

View Author Profile

Join the Conversation

July 3, 2024

Share on BlueskyShare on FacebookShare on TwitterEmail to a friendPrint

Los estadounidenses sanos y que se respetan a sí mismos no toleran nada que sea lento. Ni los trenes, ni las cafeteras, ni las tostadoras, ni las compras por Internet, ni la educación y, desde luego, tampoco el éxito.

La velocidad, la finalidad y la presión están en el ADN estadounidense. Y se nota. Nos apresuramos como nación para ser los primeros políticamente. Nos esforzamos como individuos por tomar decisiones rentables antes de que termine la venta, antes de que se nos escape el trato, antes de que acabemos en el extremo inferior de una escalera social muy alta que hay que escalar. Pasamos sin descanso de un trabajo a otro en busca del perfecto. No nos crece la hierba bajo nuestros pies. Nunca.

Así que, por el camino, nos tragamos muchos antiácidos, renunciamos a muchas vacaciones, tomamos muchos somníferos.

Y, sin embargo, hay segmentos enteros de la vida que no se pueden evitar, que simplemente hay que soportar. Y, al mismo tiempo, son más importantes de lo que parecen a primera vista.

> "El éxito reside realmente en aprender a permanecer en algo para que las generaciones venideras no tengan que volver a empezar lo que nosotros no supimos perseguir con paciencia": Hna. Joan Chittister
>
> Tweet this

Doce grados de humildad

Frente a la agitación global y el surgimiento de un liderazgo autoritario de derecha en todo el mundo, las últimas columnas de la Hna. Benedictina Joan Chittister han tratado sobre el lugar de los Doce Grados de Humildad en el desarrollo humano y político, tal como se explicita en la Regla de Benito del siglo VI, la regla monástica más antigua de la Iglesia católica.

Recapitulemos los tres primeros:

- En primer lugar, no tenemos que 'ganarnos' a Dios. No existe la teología del mérito, en la que cumplimos las reglas para acumular los puntos que garantizan que Dios está contento con nosotros. El Dios que buscamos espera pacientemente a que nos demos cuenta de que su presencia está siempre dentro de nosotros, si tan solo la cultivamos.
- En segundo lugar, nos dice la Regla de Benito, tampoco tenemos que crearnos un nuevo camino. Todo lo que tenemos que hacer para ser felices es mantener como luz para nuestros pies la voluntad de un Dios amoroso que quiere para nosotros "bien y no infortunio".
- En tercer lugar, dice Benito, tampoco necesitamos ir solos por la vida, dando tumbos de una cosa a otra. Podemos, si estamos dispuestos, honrar y confiar en la experiencia y la buena voluntad de aquellos cuyo cometido es enseñarnos a crecer. Ellos nos inician en el camino de la vida, aunque sea con severidad, aunque sea crudamente, mostrándonos cómo se pueden hacer las cosas, por muy diferentes que sean de nuestros propios instintos, si somos capaces de aceptar la dirección que nos marcan.

Entonces, por mucha presión que se ejerza ahora, es hora de darse cuenta de que los antiguos plantean otra forma de ir por la vida, igual de eficaz, sin duda más feliz.

Puede que el haiku de Issa tenga más que decirnos sobre el desarrollo humano y el propósito a largo plazo que todos los tratados teológicos modernos y las investigaciones psicológicas de que disponemos: "Oh caracol, sube al monte Fuji, pero despacio, despacio".

Lo más interesante de todo es que ofrece una inmensa visión de la Regla de Benito, de 1500 años de antigüedad, cuya receta para el desarrollo espiritual se destila en

un capítulo concentrado en la humildad. Después de situarnos en la presencia de Dios, centrados en la voluntad de Dios y abiertos a los maestros de sabiduría, empieza a hablar de nuestro desarrollo personal.

En el cuarto grado de humildad, la Regla de Benito nos advierte que debemos darnos cuenta de que no podemos apresurar la vida. "Cuando se manden cosas difíciles", dice, "aguantad y no os canséis". Hay cosas que simplemente hay que soportar. Hay algunas montañas en la vida que hay que escalar, pero solo se pueden escalar un peñasco, un nivel a la vez.

Pero si no nos gustan, ¿entonces qué? ¿Dejamos el trabajo? ¿Culpar al profesor, al jefe, a la situación, a los fallos de los demás? ¿A todo menos a nuestra negativa a aprender, a nuestra resistencia a la dirección?

Sin embargo, todo, dice el libro del Eclesiastés "es sólo para su tiempo". Es su propia etapa en la vida. Es una parte de la vida por la que estamos destinados a pasar. Lo que está destinado a suceder sucederá cuando "la plenitud del tiempo haya llegado". Cuando estemos preparados, en otras palabras.

Hasta entonces, debemos, dice Benito: "Aguantar. Permanecer. No rendirse". O para decirlo aún más claramente, nos demos cuenta o no, hay un propósito en estar en este lugar, en este momento. Hay lecciones que aprender aquí, una razón para persistir. Sigue intentándolo, insiste la sencilla enseñanza de la regla, y no te frustres.

Es una lección sencilla, pero cambiará toda la vida si lo permitimos. Nada realmente importante, duradero o profundo sucede rápidamente. Inmediatamente. Exactamente como y cuando lo exijo.

Oh, caracol,
sube el Monte Fuji
despacio, despacio

Haiku de Kobayashi Issa. (Ilustración: Flickr, editada por Andrea Rodríguez)

Debo aprender, insiste este cuarto grado de humildad, a soportar con paciencia la carga de visiones soñadas pero aún no realizadas. Veo lo que debería hacerse en el país, pero no puedo hacerlo realidad. Deambulo de un nivel de vida a otro viendo claramente lo que falta en la sociedad, lo que hay que hacer, mientras que un número asombroso de personas a mi alrededor no ven lo que yo veo, no se dan cuenta de la necesidad del Shangri-La de la economía o la política o la religión o los negocios o la comunidad humana que quiero formar para ellos.

Sin embargo, la regla dice en voz baja, hay algo aquí que debe cambiar en mí primero, antes de que pueda llegar a formar parte de cambios aún mayores en otros lugares. No pongas mala cara. No patalees. No te vengas abajo porque los demás hagan las cosas bien de forma distinta a la tuya. Confía en la sabiduría de los demás, aunque difiera de la tuya. Esa misma diferencia ampliará tu experiencia y contribuirá a tu proceso de aprendizaje.

De hecho, "aguanta y no te canses", dice la regla, y así aprendemos que la humildad no impone su camino a los demás, no exige su propia satisfacción, no corre antes de aprender a caminar.

Entonces, dado ese período de desarrollo, en los momentos de mayor significado moral, descubrirás que tienes la paciencia necesaria para permanecer ante las grandes cuestiones de la vida con ecuanimidad, con serena certeza, no importa cuánto tiempo te lleve. Habrás desarrollado la fuerza que necesitas para salvar el matrimonio, para que los hijos superen los escollos de la vida, para aplastar los venenos de la discriminación allí donde te encuentres.

La sociedad también se beneficiará de tu poder de paciencia.

Advertisement

Cuando desarrollamos la visión a largo plazo, también vemos el éxito de otra manera. Llegamos a comprender que la vida se va esculpiendo poco a poco. Cuando empezamos a cargar con la reforma de la Iglesia, por ejemplo, o la eliminación del sexismo, el racismo, el militarismo, la salvación del planeta y el fin de la política extremista y divisiva, descubrimos que no es necesario tener éxito en el sentido militante de la palabra.

Descubrimos ahora que el éxito reside realmente en aprender a permanecer en algo para que las generaciones venideras no tengan que volver a empezar lo que nosotros no supimos perseguir con paciencia.

Desde mi punto de vista, es entonces —creo— cuando estamos preparados para inscribir el lema del caracol en nuestros corazones: "Oh caracol, escala el monte Fuji. Pero despacio, despacio".

O, por otro lado, la oración que yo misma rezo ante cada reto duro, oscuro, largo y que cambia la vida de nuestro tiempo es: "Si no es para nosotros, que sea por nosotros". Entonces, y splo entonces, soy capaz de comenzar una nueva batalla, lentamente evolutiva, por la voluntad de Dios en la tierra, mientras intentamos hacer nuestra parte para que llegue en nuestro propio tiempo.

Nota: *Este artículo fue publicado originalmente en inglés el 13 de mayp de 2019.*